

Octavio Aceves, el duendecillo del arte

Pedro VÍllora

Universidad Complutense y
Real Escuela Superior de Arte Dramático

En 2007, cuando *La astrología y tú* se publica por primera vez, Octavio Aceves celebra su sesenta cumpleaños y sus cuarenta años como profesional de la psicología y las artes de la adivinación. Tanto 1947 como 1967 son, pues, fechas iniciales e iniciáticas para quien a partir de 1985 se adentraría igualmente en el mundo editorial. Lo hizo con *Siete oscuridades*, en el que hay un poema que quisiera recordar:

*Soy el humilde duendecillo del arte.
Mi pluma pretende ser flecha
que atraviesa la barrera de la incomprensión
mientras mi boca grita: ¡BASTA!*

*Una vez dije:
«Música, sol y aire»
Cuántas centurias pasaron desde entonces,
Cuántas muertes, traiciones y olvidos.*

*Quisiera elevarme sobre la marea de la noche:
Brazos entremezclados y sonidos multiformes!
Gente que corre sin sentido.
¿Un ciclo termina?
¿Naufragio?..... Quizás la salvación.*

Siete oscuridades es el primero y único poemario de un escritor que casi al mismo tiempo publicaba una monografía titulada *Los tarots de un vidente*. Con ambos títulos, las que serían sus dos inclinaciones posteriores, literatura y divulgación humanística, aparecían ya desde el principio.

A ese estudioso de la videncia llamado Octavio Aceves le debemos numerosos libros en los que nos ha hablado de un oficio que se remonta a tiempos inmemoriales. Es el caso de *Cómo se echa la baraja española* (1988), *La otra vertiente del Tarot* (1991), *Tarot para meditar* (1991) con ilustraciones de Federico Gallego Ripoll, *La otra vertiente de I Ching* (1991), *Las recetas adivinatorias de Octavio* (1993), *Conociendo el Tarot con Octavio Aceves* (1993) o, finalmente, *El tarot de Agatha Ruiz de la Prada y Octavio Aceves* (1996), un libro nacido de la convicción de que todo vidente debía tener su propio tarot.

Esta actitud profesional y, si se quiere, parapsicológica, iría evolucionando con el tiempo hacia una dedicación ferviente a lo psicológico. La meditación, la búsqueda de la serenidad, el encuentro con uno mismo, el abandono de las ansiedades, la superación de los desequilibrios y, finalmente, la conquista de la madurez, son los argumentos que asocian títulos como *Mis consejos para vivir en armonía* (1995), *La felicidad está en ti* (1999), *Saber amar* (2000) o *Quién soy* (2001).

Pero decía que con *Siete oscuridades* nacía también un escritor literario capaz de desarrollar su creatividad en numerosos géneros. Así, en 1995 publicó un volumen con dos obras de teatro: *Decisiones al atardecer*, una deliciosa comedia de amores intergeneracionales, y *Dos mejor que uno*, con una provocadora invitación al adulterio. Fue este de 1995 un excelente año para el escritor Octavio Aceves, porque es entonces cuando aparece uno de sus libros más perfectos, admirables, excitantes y entretenidos: *La pasión de María Malibrán*. En esta modélica biografía de la célebre cantante del siglo XIX, Octavio es capaz de aportar cuantos detalles informativos sean necesarios sin entrecortar por ello el ritmo narrativo ni perjudicar el deslizamiento suave y armonioso de la prosa. *La pasión de María Malibrán* es también una lección de estética musical, una aproximación al arte de los sonidos realizada sin el menor asomo de pedantería. Un lector que no esté familiarizado con la ópera, no por ello ha de tener problemas para acercarse al texto, porque los términos y los conceptos se introducen en el discurso con naturalidad, sin pretensiones de suficiencia o sofisticación. Por el contrario, la admiración que siente Aceves por su personaje, la pasión con que lo ha descrito, se transmite al lector, que se ve así sumergido en un ambiente de alta cultura donde ningún elemento resulta extraño.

Es notable que su siguiente incursión fuese otra vez musical, aunque no sólo, porque *Puccini y el eterno femenino* (1996) es también una extraordinaria aventura escénica. Aunando esa vocación teatral iniciada con *Decisiones al atardecer* y ese apasionamiento biográfico y operístico de *La pasión de María Malibrán*, *Puccini y el eterno femenino* es un texto para ser escuchado desde un escenario mediante un narrador que evoca el espíritu de Puccini recurriendo a las mujeres que ocuparon su vida y aquellas a quienes él creó para que viviesen en el cuerpo y la voz de las artistas.

Con su *Malibrán* y su *Puccini*, Octavio Aceves crea textos de carácter biográfico, si bien estructurados con la misma tensión, capacidad de mantener una intriga y desarrollo de personajes contradictorios que la mejor de las novelas o piezas teatrales.

Son literatura sin dejar de ser biografías. Son, por tanto, relatos históricos, correrías por vidas ajenas y también, y no es lo menor, viajes a tiempos que no se han conocido, a épocas en las que no se ha estado.

Son textos que no se comprenderían del todo sin atender a la pasión de Octavio Aceves por la historia. Las incursiones en el pasado se abrían ante el escritor como una necesidad ineludible desde que se encontró a solas en la catedral de Albi ante el fresco de *Los elegidos*; ese que, según él, «representa con cruel verismo los suplicios reservados a los condenados al Infierno». Así describe Octavio la sensación: «Al tiempo que no podía apartar la vista de las imágenes allí pintadas, otras, también sufrientes pero distintas, se superponían a las del fresco intentando suplantarlas ante mis ojos. No pude evitar parpadear, pensar que se trataba de un fenómeno óptico, de una alucinación tal vez. Pero no era así. Las presencias seguían allí, expresión acongojada, ojos suplicantes que intentaban decirme algo, mudo intento de transmitirme a través de los siglos el inmenso dolor que las embargaba. ¿O quizá algo más que yo en mi desconcierto no lograba descifrar?»

A descifrarlo dedicó Octavio Aceves sus primeras investigaciones históricas de envergadura. A conocer y revelar el misterio de los cátaros, los herejes perseguidos por la Iglesia y el Estado en el siglo XIII. Así surgiría en 1989 *Un largo camino a Montségur. El secreto cátaro al descubierto*, en el que se vale de un método histórico-parapsicológico que aplicaría inmediatamente a otros dos temas políticos y religiosos de especial relevancia en Francia: el valdeísmo y el problema hugonote.

El valdeísmo es la herencia de Pedro Valdo, y los valdenses forman hoy la única herejía sobreviviente de los movimientos de renovación espiritual de los siglos XII y XIII. Así se titularía su libro de 1990: *Valdenses. Crónica de una herejía*. Es, además, la segunda parte de una *Trilogía del Amor y de la Muerte* que comenzó con los cátaros de *Un largo camino a Montségur* y culminará en 1991 con *La sangre de los hugonotes* o

La noche de San Bartolomé, en la que seguimos a Catalina de Médicis y Enrique de Navarra hasta una velada de destrucción y crueldad generalizada. No es extraño que Octavio Aceves cerrase su trilogía de muerte con estas palabras de amor: «Quiero creer, es más, necesito creer, que más allá de las luchas fratricidas, de la ceguera de la violencia, de la incomprensión y de la furia, hay un mundo mejor donde el odio estéril y las muertes inútiles ceden ante el amor, donde es posible defender las convicciones sin renunciar a la paz y la armonía, donde, en fin, la búsqueda espiritual no pasa necesariamente por el dolor y el exterminio de los otros».

Para intentar responderse, Octavio Aceves decide hablar con los sabios. Primero lo hizo con Paracelso, Giordano Bruno, el Conde de Saint-Germain, Cagliostro, Eliphas Levi, el Maestro Philippe y Rasputín en uno de sus libros más importantes: *Siete vidas esotéricas* (1992). Todos ellos son «inusuales, subversivos para su entorno, molestos», y son también personas que «escaparon con su quehacer a las normas imperantes de la época». Como lo había sido también Paul Christian, el seguidor de Levi de quien Octavio había traducido en 1987 *El hombre rojo de las Tullerías*.

Era lógico que la trayectoria de Octavio Aceves pasase de los grandes movimientos contestatarios a la personalidad de los sujetos concretos, en un vaivén entre lo colectivo y lo individual al que no puede evadirse una mente artística. Pero las *Siete vidas esotéricas* son, en definitiva, las de otros, no la suya. De ahí que apenas un año después, en 1993, apareciese su revulsivo *Esoterismo, heterodoxia hoy*, acertadamente subtítulo *La lucha contra el poder restrictivo*. Mucho antes de que se popularizase la expresión «*inteligencia emocional*», Javier Sádaba ya explicaba en su prólogo cómo en este libro Octavio Aceves concedía «prioridad a la intuición respecto a la lógica. No se trata de despreciar, sin más, la lógica. Como no se trata de despreciar, ingenuamente, la ciencia. Se trata, por el contrario, de colocar las cosas en su lugar. Para que las veamos con la luz adecuada. Para que sepamos, así, elegir. Sólo una intuición que rompa con la inercia común nos podrá dar nuestro destino, el que construimos nosotros en vez de ser puros efectos de otros».

Esoterismo, heterodoxia hoy es un libro de pensamiento, un ensayo filosófico, un coloquio con pensadores más allá de las edades, pero no es un libro de arte. Los artistas no tienen lugar aquí; entre otras cosas, porque ellos están más cerca de lo

inefable y de lo creativo que la mayoría de las personas. A esta comunión de los artistas con lo esotérico dedicaría su siguiente ensayo y acaso uno de los que Octavio Aceves esté, con razón, más orgulloso: *El esoterismo en el arte* (1994). He aquí el saber del poeta por encima del conocimiento del sabio. El lenguaje del arte como instrumento para la expresión de una verdad que desaparece entre la palabrería y el hueco no decir. Parménides, Dante, Yeats, Artaud, Borges... Kierkegaard. La comunicación a través de la belleza, el entendimiento mediante la sensibilidad, el no saber que se acepta y el arte que triunfa como juego de encuentro y de otro tipo de sabiduría.

«Soy el humilde duendecillo del arte», había dicho Octavio Aceves en su poema. «Soy un jugador del arte, de la vida, del amor y del humor», podría haber dicho semejándose a algunos de esos *Trovadores y juglares* a quienes dedicaría un ensayo en 1998. «Es alguien que quiere sentir, saber y conocer», podríamos decir quienes lo hemos leído. «Es alguien que sabe preguntar y callarse para dar tiempo a que el otro piense su respuesta», dirán acaso aquellas que protagonizaron en 2003 sus *Conversaciones con grandes damas*. Algunos, además, podríamos añadir: «Octavio es mi amigo».

Octavio Aceves es un escritor al que admiro, con quien descubro lugares, tiempos y personas que han crecido y han creado al margen de las normas; es un autor que me permite asomarme a lo insospechado, que me seduce con una prosa flexible y acompañada, que me asombra con imágenes y reflexiones sorprendentes y que jamás me oprime con pretensiones didácticas o áridos dogmatismos.

Pero además Octavio Aceves es un amigo, sí, es persona a quien quiero. Octavio me ha hecho numerosos regalos que, como buen amigo, ignora que lo son. Conozco pocos placeres semejantes al de hablar con él. Su conversación tiene la capacidad de mostrarme continuamente hechos y mundos, para mí, tan desconocidos como apetecibles. Estoy hablando de cultura. Una charla con Octavio es un viaje a través de la música, la ópera, el cine, la literatura, el teatro, la pintura... Siempre tiene una referencia, un dato interesante...

Cuando nos despedimos después de cenar o cuando cuelgo el teléfono tras la llamada, me quedo unos instantes intentando reproducir la conversación y me asombro

de la cantidad de estímulos para mi curiosidad que ha puesto en juego. Octavio lo ha leído todo, lo ha escuchado todo, lo ha cantado todo, y, si no lo ha hecho, no tiene ningún problema de pudor en confesarlo. Es naturalmente sabio y naturalmente sencillo, incapaz de alardear, como tampoco de presumir de erudición y acabar así con la paciencia de su interlocutor. Habla siempre de cosas maravillosas, de gente extraordinaria, de obras imprescindibles, que no son maravillosas, extraordinarias o imprescindibles porque lo diga él, sino por la pasión con que habla de ellas y el entusiasmo que transmite.

Si Octavio Aceves es «el duendecillo del arte» es porque vive en el arte y para el arte, porque todo él emana cultura, porque el suyo es un mundo de ensueño, un escenario ideal en el que todos somos más cultos, más joviales y más brillantes de lo que en realidad somos, pero él nos quiere así y él tiene la facultad de inventarnos mejores de como somos.

Decía que Octavio me ha hecho muchos regalos. Uno fue la escritura de *El París de los 50* (2005). Tuve la fortuna de que Octavio me hablase con mucha frecuencia de su libro desde que apenas era un proyecto hasta que finalmente estuvo en la imprenta. Hay autores que se niegan a decir nada acerca de aquello que escriben hasta que está totalmente terminado, pero ese no es el caso de Octavio. Con enorme generosidad por su parte me hablaba de su investigación, de la estructura, de los personajes en principio episódicos pero que terminaban siendo centrales, del lenguaje... Me hablaba de una época que no conocí y que me fascina, de una ciudad en la que apenas si he pasado algunos días pero que poco a poco se me iba haciendo familiar gracias a él. Cada domingo de los muchos meses en que estuvo escribiendo sobre París, Octavio me permitía que me asomase a Montparnasse y Saint-Germain-des-Près, a Camus y Juliette Gréco, a Godard y Coco Chanel... Octavio ha llenado mi imaginación de películas y canciones, de personas y calles, de revistas y guerras.

Un año después, Octavio lo volvió a hacer, esta vez no con París ni con la década de los cincuenta del siglo pasado, sino con Venecia y el siglo XVIII, con *La Venecia de Casanova* (2006) que igualmente podría ser la de Vivaldi, Marcello, Goldoni o Tiepolo.

Nunca he ido a Venecia, pero Octavio Aceves ha creado una pequeña Venecia en mí. Es mérito de su entusiasmo comunicador, pero muy especialmente de una escritura apasionada y apasionante. Con maestría estructural, primero da en su libro una breve panorámica del paisaje visual y social, y enseguida entra el retrato de su primer protagonista. Y no es el Casanova que creemos conocer. No es el seductor desdeñoso, no es el Don Juan egoísta... Es el hijo de actores para quien el mundo es un escenario y la vida una comedia que no se puede interpretar si tus coprotagonistas no están a tu altura. El Casanova de Octavio tiene la virtud de hacer grandes a los demás, de no amar si no es correspondido. Es un primer actor que detesta la idea de decepcionar a su público. Pero Casanova no es el eje de este libro sino tan sólo su primer acto. La excusa para mostrar y demostrar que todo en Venecia es teatro, fiesta, rito, Carnaval... Casanova hijo de actores y autor a su vez, en una ciudad que es ópera, oratorio, comedia, música...

«Lo que más atrae a los visitantes –dice Octavio- es la superposición, rara en Europa, entre vida social y musical, que iguala por un momento al más humilde de los gondoleros con el más refinado de los aristócratas». Las clases confundidas en el arte, ese es el sueño de Octavio y eso son París y Venecia para él: un teatro donde cada gremio tiene su lugar, su fila de palcos, su platea o su paraíso, pero al que todos finalmente tienen acceso.

Cuando creemos que todo en Venecia –o en París- es fiesta y música, cuando recordamos que en aquel poema que cité al principio Octavio decía «Música, sol y aire», el autor nos sorprende con una frase insospechada: «La pintura es la herencia más rica que nos ha dejado el siglo XVIII veneciano». ¿En qué quedamos? ¿La música, la ópera, la pintura? Y todavía una vuelta más cuando el último capítulo se abre con Goldoni como «creador del teatro italiano moderno». Descubrimos entonces la verdad: para Octavio Aceves, Venecia es todo. Es eso y mucho más. Es su renovación incesante pero también su capacidad para mantener festejos y costumbres inmutables a través de los siglos.

La Venecia de Casanova es Venecia y es Casanova, pero también es una excusa. Ni uno ni otro son los verdaderos protagonistas de este libro, ni lo son los demás: el carnaval, Vivaldi, Goldoni... Este libro parece que habla de una ciudad, de un espíritu y

de un siglo al que Napoleón pondría fin. Pero de lo que verdaderamente habla este libro es de la celebración de la cultura, del ensueño de una sabiduría, de un teatro en el que no tengamos que esforzarnos por parecer más cultos, más bellos o más ingeniosos de lo que en realidad somos porque en realidad lo seremos.

La pasión de Octavio Aceves es hacer de la cultura el centro de la vida, del arte el núcleo de la sensibilidad, de la sabiduría el acomodo de las emociones. *El París de los 50* y *La Venecia de Casanova* son ciudades ideales: aquellas que habitan los que hacen de la belleza un anhelo vital y una forma de estar en el mundo. Las ciudades que habita Octavio. Las ciudades a la que, por fortuna para nosotros, nos ha invitado.

Y nos invita porque Octavio es, además del mejor de los amigos, el perfecto anfitrión. ¿Qué es *Cocina con magia* (2007) sino un breviario de amistad para uso y disfrute de los amigos y no tan sólo de los amados? Es un recetario donde las tradiciones culinarias de Capri -¿para cuándo un libro sobre la isla que cada verano lo acoge? París, Venecia, Capri...- se unen a aquellas transmitidas por tradición familiar y a las proporcionadas por sabias mujeres con quienes comparte el amor por la mesa y la vida.

Pero lo más sabroso de *Cocina con magia* no son -con serlo- sus menús, ni los ceremoniales para mantener el amor o invocar el éxito. Lo mejor es el pequeño comentario que precede a cada propuesta alimenticia y en el que le basta un pequeño trazo, una frase aparentemente casual, una referencia como de pasada, para construir la historia de una amistad y hacer que sean sus amigos los verdaderos protagonistas de un libro de cocina elaborado con la magia del afecto.

El amigo, el estudioso, el confidente, el escritor... El duendecillo del arte que es Octavio Aceves ha escrito con *La astrología y tú* el que está llamado a ser uno de sus libros de referencia. El único tal vez sobre el que sus amigos no hemos sido puntualmente informados porque no ha sido escrito en un periodo de concentración e intensidad. No es hijo de uno o dos años de trabajo continuo y constante. No es fruto de un arrebato casual. Dista mucho de ser una improvisación y tampoco responde a una urgencia creadora insoslayable.

La astrología y tú es el libro de toda una vida. Posiblemente sea el primero que comenzó a escribir aunque sea también el último que por ahora termina. Aquel para el que ha estado preparándose desde el mismo día en que comprendió que lo no consciente posee la clave de aquello que nos forma y nos hace como somos. Este tratado del saber esotérico y oculto abunda en acercamientos a las nociones de conciencia, sabiduría, observación, conocimiento y plenitud. Compara la experiencia de distintas culturas y cómo cada una acepta y asume la manifestación de lo inefable y lo espiritual: la búsqueda no ya de las causas sino de los fines, la percepción de una realidad totalizadora donde se integran y cobran significado ciertas fuerzas que la ciencia tiende a diferenciar, individualizar y disgregar...

No es este un libro que intente captar adeptos a la causa de la astrología ni pretende que se crea o se deje de creer en ella. La nobleza de Octavio Aceves está en no hacer proselitismo de sus intereses sino que le basta con dejar constancia de los mismos. Pero, al tiempo, es una prueba –una más– de la injusticia con que a veces tratan los escépticos a quienes se dedican a la adivinación, la parapsicología y otros saberes ocultos. *La astrología y tú* representa un dominio del oficio, de los principios técnicos, del arte entendido como habilidad y destreza. Videntes y artistas han coincidido tradicionalmente en recurrir al talento innato. Los hay que no hacen nada por mejorar o perfeccionar esos dones naturales, pero también están quienes no se sienten satisfechos con el genio sin pulir y procuran expandir el alcance de sus condiciones gracias al saber acumulado y a la investigación por terrenos no transitados.

Esa mezcla de erudición y ensayo, indispensable para todo creador consciente del lugar y el respeto que merecen tanto la tradición como la innovación, es patente en Octavio Aceves desde los inicios de su carrera. En 1985, el duendecillo del arte hablaba de atravesar «la barrera de la incompreensión». Pocas cosas tan mal entendidas como aquellas que se exponen en este libro donde Octavio se remonta a los orígenes de la comunicación espiritual. Nada tiene de extraño, pues, que se festeje a sí mismo con este homenaje al saber esotérico que es *La astrología y tú*.